



La Legión Cóndor se despide



Al dejar estas tierras hispanas,
la Legión Cóndor tributa a la hidalga y heroica
Nación Española
y al Generalísimo Franco,
Caudillo de España,
este sincero homenaje de admiración y simpatía,
con un recuerdo emocionado para sus camaradas
de combate.

PALABRAS DEL CAUDILLO

En estos momentos de triunfo tenemos nosotros el recuerdo, ahora cuando nos reconocen hasta los que nos combatieron, para aquéllos que desde el primer día creyeron en nosotros. Los que dieron su sangre con la nuestra, los que pusieron su honor a nuestro lado. Aquellas naciones firmes y nobles, tienen la conciencia de la virtud, de la espiritualidad y del poder.

Del discurso pronunciado en Burgos el 27 - 2 - 1939,





El Mariscal HERMANN GOERING, creador
del arma aérea alemana y gran amigo de España

Discurso pronunciado por el Generalísimo FRANCO
en León el día 22 de Mayo de 1939, con motivo
de la despedida de la Legión Cóndor.

Señores Jefes, Oficiales, soldados y artífices de la gran Alemania: En estos días de gloria y resurgir de España, cuando ésta recobra su antiguo esplendor y su independencia, es para los españoles la Legión Cóndor una de las Instituciones más queridas. No es un hecho aislado en la Historia de España la presencia de los hermanos de Alemania. España ha combatido contra otros pueblos y ha participado en la historia de Europa; y en sus momentos de más gloria y esplendor, tuvieron los soldados alemanes una participación heroica y gloriosa. No están lejos los días por el recuerdo, aunque sí por el tiempo, de aquel gran Monarca español nacido en tierras de Alemania y en cuyos Ejércitos, en cuyas glorias, al lado de los tercios españoles estuvieron las legiones alemanas y las legiones italianas.

Por eso en nuestro período de decadencia surgieron idénticas soluciones y surge una afinidad de sentimientos, y lo mismo que entonces, cuando se estrechaban la mano soldados alemanes, italianos y españoles, fué ante el asalto comunista, a la llamada del pueblo español, cuando se volcaron nuevamente las legiones alemanas al ver invadida nuestra Patria por las gentes rojas de Moscú y por la horda comunista de Europa.

Esta afinidad en el pensamiento ahora y en los tiempos pasados resurge en el sacrificio vuestro, en vuestras heroicas hazañas escritas en tierra española, donde tanta sangre ha sido vertida, donde tanta sangre habéis dejado y donde al

brotar en esta primavera las flores y las amapolas de la paz, las ofrecemos a nuestros camaradas alemanes, a vuestra gran Nación y al Führer, al gran conductor de vuestro pueblo.

Y no fué sólo esto: no fueron sólo vuestros sacrificios en los campos de batalla; disciplinados vinieron también los artífices de los motores, vinieron los forjadores del acero a darse la mano con nuestros obreros, a hablarles de trabajo. Hay también una alegría en esto; hay también un sentimiento de la Patria; hay ese sentimiento de grandeza que forma los pueblos y en el que colaboran lo mismo el militar en la formación que el soldado en el taller, en el campo y en la fábrica.

Yo quiero deciros hoy, en los momentos de gloria y de triunfo que siento el orgullo de haber tenido este conjunto de Jefes, Oficiales y soldados a mis órdenes. Y lo mismo que tenemos una Infantería, una Caballería y una Artillería, que hemos formado a vuestro lado, siento el orgullo de que hayáis estado en España y siento el orgullo de haberos mandado.

Vais a partir para vuestras tierras, vais a llevar a la gran Alemania el saludo de un pueblo fraternal. Y podéis decir que porque habéis dado estas pruebas de amor, de generosidad y de nobleza, podéis llevar el saludo más expresivo al pueblo alemán, a sus Instituciones militares y a vuestro gran conductor el Führer, el hombre que en un momento de peligro supo querer y comprender a España.

Legionarios de la Legión Cóndor, obreros de la gran Alemania, españoles que me escucháis: Unamos nuestro sentimiento hacia la gran Nación amiga con un grito: ¡Arriba Alemania! ¡Viva España!



LOS GENERALES SPERRLE Y VOLKMANN QUE SE HAN SUCEDIDO EN EL MANDO DE LA LEGIÓN CÓNDOR





Discurso del último Jefe de la Legión Cóndor, General von Richthofen, en el acto de despedida de los voluntarios alemanes, celebrado en León, el día 22 de mayo de 1939.

En la hora del peligro, cuando se presentó la ocasión propicia para demostrar dónde se hallaban los auténticos amigos de España, no podía Alemania permanecer impasible.

Con viva simpatía siguió todo nuestro pueblo la heroica contienda emprendida por V. E. y por sus adictos, pues Alemania comprendió que sólo el triunfo de las armas de V. E. podría salvaguardar los altos valores culturales de la Nación española y librar a Europa de una cruenta lucha frente a la desintegración y el caos bolchevista.

La historia de la pasada guerra ha venido a hacer patente que la amistad del pueblo alemán no se limitaba a simples expresiones de afecto o palabras vanas, sino que se ha traducido en un inmediato y decidido apoyo y en una sincera aportación personal, de la que nuestra presencia aquí constituye el más fehaciente testimonio.

Con los voluntarios alemanes retorna a la Patria la admiración por los soldados de España. Nosotros los vimos darse por entero al hermoso ideal de rescatar la Patria profanada y maltrecha, y apreciamos todo el valor de su magnífico espíritu de servicio y sacrificio porque, por muy modernas y eficaces que sean las armas, de que disponga un país, exentas de aquel espíritu no alcanzarán nunca la plenitud de su rendimiento.

En la hora solemne de la despedida hacemos los más fervientes votos por la prosperidad personal de V. E. y expresamos el afecto fraterno de los legionarios de la Cóndor a este pueblo y a sus instituciones militares, desde sus Jefes supremos hasta el último de sus soldados.

De tiempo inmemorial ha ligado a nuestros dos países una verdadera amistad, mas la sangre vertida en común durante esta guerra viene a sellarla eternamente.

G E N E R A L V O N R I C H T H O F E N



EN plenos preparativos para la Olimpiada corrió por Alemania la noticia de que España se aprestaba a la lucha por sus gloriosos destinos. Millares de hombres acudieron entonces a los organismos y a los Centros que mantenían relaciones con España a ofrecerse como voluntarios para tomar parte en la contienda que sostenía por su libertad y contra el bolchevismo.

La situación internacional imponía prescindir de tales ofrecimientos. Pero un reducido número de expertos en las distintas armas logró vencer todos los obstáculos, y en los primeros días de agosto de 1936, esta pequeña y singular tropa desembarcó en tierras andaluzas, después de un azaroso viaje, perseguidos por los submarinos rojos y bombardeados en el mismo puerto de Cádiz. Fué este grupo—con el que nada tiene que ver la Legión Cóndor, constituida más tarde cuando ya habían actuado en los frentes madrileños las Brigadas internacionales—, el que trajo el primer saludo de Alemania a la España heroica. Apenas puestos los pies en ella, una actividad febril invadió los pocos aeródromos de que entonces se disponía. Aquí se montaba un avión, allí un cañón antiaéreo, más lejos una estación de radiotelegrafía. Y aquellos hombres, se entregaban sin descanso a la instrucción de un grupo heterogéneo de discípulos: jóvenes oficiales, bravos soldados de las campañas marroquíes, falangistas, requetés, voluntarios. Al mismo tiempo, los fieles «Ju» iban y venían sobre el Estrecho transportando diariamente a Tablada hasta quinientos guerreros de las curtidas tropas del General Franco: regulares, marroquíes.

De aquellos hombres faltan hoy algunos, y otros han vuelto al incógnito de donde salieron. Pero muchas de sus hazañas, entre ellas el auxilio prestado a los héroes del Alcázar y del Santuario de Santa María de la Cabeza, los arriesgados vuelos de Moreau y su escuadrilla, han pasado para siempre a la historia de la Guerra de España y de la camaradería hispano-germana en la lucha contra el enemigo común.

Para hacer vivo el recuerdo de aquellos primeros momentos, llenos de decisión y energía, en los que la fe y la voluntad fueron las mejores armas contra el comunismo, copiamos a continuación algunas páginas del diario dedicado a su novia por un voluntario alemán.

Sevilla, 7 de agosto de 1936.

¿Sabes para qué he venido aquí? Ahora lo vas a comprender. Estos son días febriles, de emociones violentas y que hay que dominar. Te escribo con precipitación, como vienen las horas para nosotros en estos momentos históricos.

Hoy he volado sobre el Estrecho, en nuestro Junkers, que esperaba a despegar desde las primeras horas de la mañana. A los pocos minutos contemplamos las aguas azules y tranquilas del Mediterráneo y a nuestra izquierda el Peñón de Gibraltar, como una avanzada imponente sobre las aguas.

Ha aparecido la costa de Africa, y en ella una serie de cadenas montañosas, entre las que se destaca el Yebel Musa. Ceuta a sus pies —en poder de los nacionales— como un montoncito de casitas blancas. En el momento en que va a situarse la tierra bajo nuestra perpendicular, descubro hacia oriente dos puntos que se mueven en el aire. Llamo al piloto y acude también el telegrafista. El piloto se encoge tranquilamente de hombros, y dice: «Están demasiado lejos».

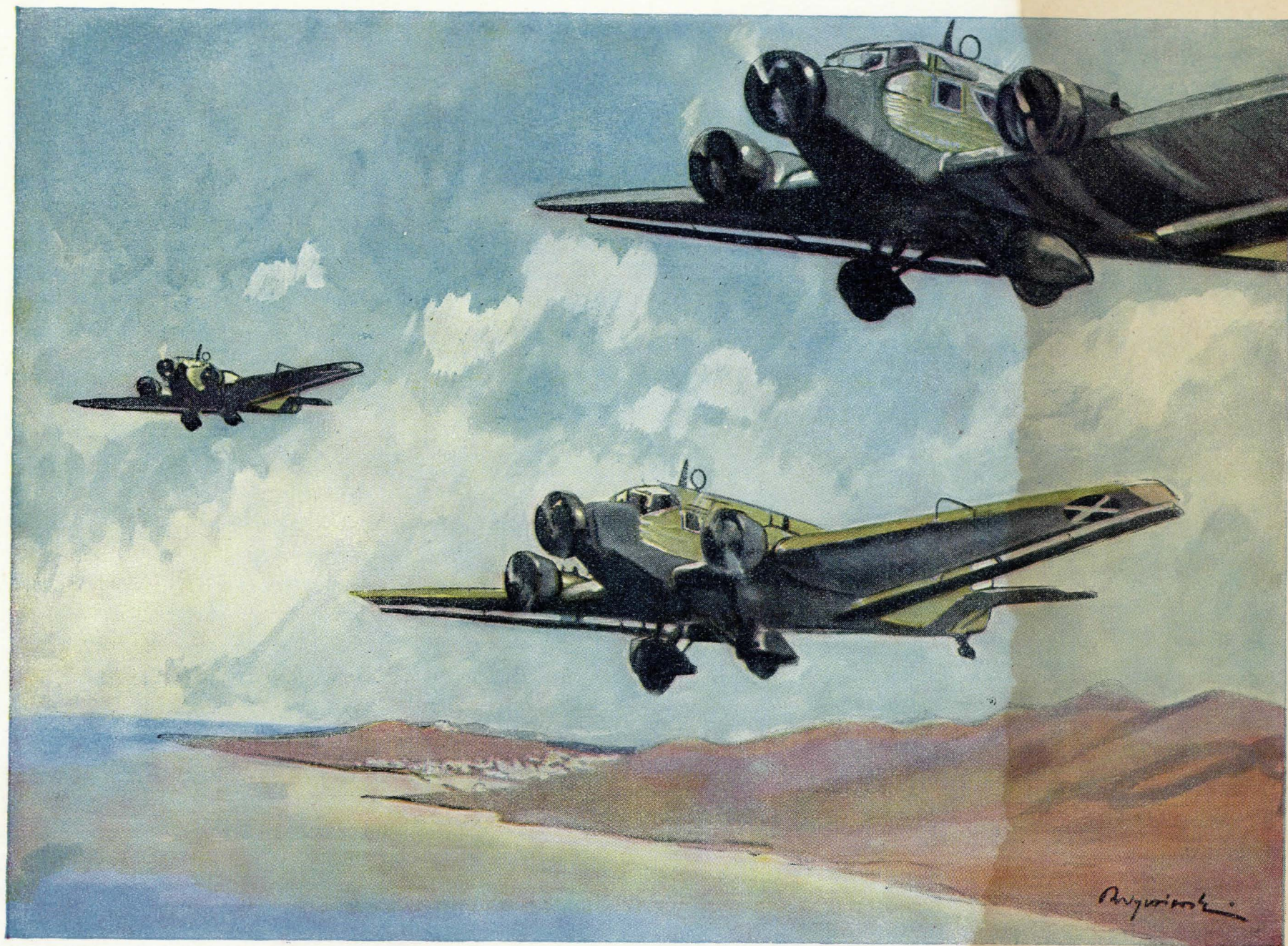
Llega Tetuán, un rincón pintoresco, con sus mezquitas y minaretes, y más pintoresco todavía cuando al descender sobre la ciudad, nos acercamos a las azoteas de las casas, hasta casi rozarlas, y vemos en ellas gentes vestidas con trajes abigarrados y exóticos, que nos saludan con entusiasmo, agitando al aire manos y pañuelos.

Y se acerca el término de mi primer vuelo. ¿En dónde

aterrizamos? Esto no es un aeródromo, es un campamento. El aparato ejecuta una maniobra con extraordinaria precaución, para alcanzar el espacio vacío. Todo lo demás son hombres, en grupos irregulares, hombres de rostros morenos, vestidos de kaki, con fez y turbante, y entre ellos grandes montones de armas, equipajes e impedimenta variada. Los que esperan, con la ansiedad pintada en sus semblantes, nos rodean, gesticulan, quieren hablarnos y estrechar nuestras manos. Luego se produce un movimiento general en las tropas. Aterrizan otros Junkers. No hay tiempo que perder.

Un capitán español se aproxima conduciendo a un grupo de regulares. Estos hombres de elevada estatura, de una extraña distinción en sus rasgos, con el fusil al hombro producen en nosotros una magnífica impresión. Son los regulares de Franco, los primeros que van a atravesar el Estrecho a bordo de nuestro Junkers. Suena en árabe una voz de mando: «¡Al aparato!»

¿Cómo podría describirte el anhelo y la vacilación de estos hombres, la gravedad de su decisión, la solemnidad de sus movimientos, que se mezclan extrañamente a sus sonrisas infantiles llenas de incertidumbre? Antes de subir contemplan con recelo el aparato. No son sin duda las próximas batallas lo que a estos guerreros les intimida, sino la aventura novísima del aire. Van entrando como niños, hablan, se remueven mucho hasta acomodarse. Desde fuera les alargan los equipajes. Antes de subir, se inclinan hacia oriente y permanecen así unos segundos.



Dentro del avión dirijo los trabajos. Hay que aprovechar hasta el último hueco disponible. El oficial español acude en mi ayuda y actúa de intérprete para hacer comprender a los moros cómo tienen que colocar su equipaje. Contamos: diez y ocho, diez y nueve, veinte, veintiuno, veintidós. Además, los bultos, las ametralladoras... Basta ya. ¿Vamos a poder despegar?

Ya es tiempo. Braman los motores. Sabemos que nos saludan con el grito de ¡Viva Alemania! ¡Viva Hitler! Nosotros contestamos desde dentro: ¡Arriba España! ¡Viva Franco!

.....

Son las diez de la mañana. Las miradas de todos inspeccionan el mar. Nos hemos remontado a mucha altura y un temporal fortísimo zarandea el aeroplano. ¿Por qué seguimos con inquietud ahora todas las peripecias del viaje; el discurrir de los minutos; por qué no habla nadie? No tardamos en descubrir lo que esperábamos. Hay tres buques en el Estrecho, tres buques de la escuadra roja, que al instante hacen fuego contra nosotros. ¿Van a alcanzar su objetivo? ¿Vamos a perecer en el mar? Me acerco al telegrafista, impávido en su puesto, como una estatua. El aire es sofocante. Los moros se rebullen, me dirigen palabras que yo no entiendo, miran con ansiedad hacia abajo. Yo busco por el cielo a los otros dos aviones, que han despegado después que nosotros. Felizmente siguen detrás, vuelan muy altos, a gran distancia el uno del otro.

.....

¿Puedes ahora imaginarte el júbilo de nuestros pasajeros cuando se dan cuenta de que volamos ya sobre tierra española? Para ellos no va a tardar mucho en comenzar la verdadera epopeya, pero ahora han escapado a un peligro y a un sacrificio inútil. Nos miramos todos, nos entendemos. Esto es Sevilla. El aeródromo de Tablada. Aunque hemos sido los primeros en despegar, nuestro aparato es el último en tomar tierra. Lleva dos impactos en las alas.

Se acerca a nosotros el jefe de la escuadrilla y nuestro «papá» Sch. que nos estrechan las manos con emoción. ¡Que salgan los moros!—exclama un capitán español. No hace falta que se lo repitan. Dejan el avión apresuradamente, con sus armas, sus bagajes, sus hatillos, se precipitan por la escala, saltan a tierra, están en lugar seguro. Nos miran sonrientes al abandonarnos. Resplandecen al sol con sus ropajes y sus rostros de fuego. En la soledad luminosa de Tablada, ante muy pocos espectadores —oficiales, soldados, mecánicos, intérpretes— estos primeros grupos reducidos de tropas marroquíes que acabamos de transportar, surgen como una extraña aparición, comunicada por el cielo, como un puñado inverosímil de héroes para no se sabe qué gesta fabulosa.

Y poco más tengo hoy que comunicarte. Nos esperan otros vuelos, la escuadra roja al acecho y, al otro lado del mar, regulares de Franco, ametralladoras, municiones, equipajes. ¿Escaparemos a la vigilancia? ¿Transcurrirá todo con la misma felicidad que esta mañana?

.....

HERMANOS



Palabras de un aviador alemán con motivo de la muerte de Joaquín García Morato

El Comandante García Morato, piloto genial, glorioso Caballero del Aire, ha muerto. Y uno se resiste a creer esta dolorosa realidad en los momentos en que los clarines de la Victoria resuenan por los aires de España.

García Morato era el gran señor de las rutas del cielo. Su pericia y su arrojo corrían parejas con su hidalguía y con su grandeza de corazón. Nunca olvidaré aquel rasgo de caballerosidad, cuando envolvió en sus vuelos al aviador rojo, que en su paracaídas era hostilizado desde tierra, formando un círculo de protección alrededor de él.

Su lealtad de camarada la conocíamos bien todos nosotros, y tampoco ignorábamos su sencillez, su gran modestia. Lazos de amistad, vínculos de compañerismo los ha subrayado Morato con su habitual sonrisa, contribuyendo así a forjar aquel magnífico espíritu de Hermandad del Aire que ha existido y existirá siempre entre todos los pilotos españoles y los aviadores de la Legión Cóndor.

Pero para nosotros aún significa algo más: es el símbolo de toda la Aviación española, cargada de glorias. García Morato que despreció de continuo los mayores riesgos en la guerra, sucumbe ahora en un vuelo de paz, mas su nombre de héroe traspasará, en cambio, los umbrales altos y esplendentes de la Inmortalidad y de la Gloria.

Frases del «Tebib Arrumi» en su crónica del 7 de abril de 1939, cuando — coincidiendo con la muerte de los admirables aviadores españoles Joaquín García Morato y José María Ibarra — se supo el accidente mortal de Rudolf von Moreau:

La otra águila que abatió para siempre sus alas, no es un piloto español. Es el aviador más admirado, más bravo e inteligente de cuantos en estos últimos tiempos tuvo la grande armada aérea germana, el Comandante Rodolfo

DEL AIRE

von Moreau, que asombró al mundo en numerosas proezas que culminaron con su record del vuelo América-Tokio.

La fama de Moreau quizá no tenga par en cuanto a piloto de grandes recursos para las pruebas de velocidad y riesgo. Pero es que además era un bravísimo piloto de guerra y quiso demostrarlo bajo nuestro cielo, hermanado con nuestra cruzada de salvación nacional. Fué uno de los primeros en llegar a nuestros aeródromos y en aquellos primeros días azarosos figuró como el más destacado de nuestros pilotos. Al servicio de esa santa causa liberadora de la amenaza bolchevizante que se cernía sobre todo el mundo y a la que se daba cara en la tierra y el cielo de España, Moreau combatió dura y bravamente desde los primeros días de agosto de 1936 hasta fines de julio del 1937. Durante ese año de su servicio voluntario junto a nuestra por entonces incipiente potencia en el aire, realizó empresas sólo reservadas para titanes y prodigios de su categoría. Fué en su aparato en el que muchas fuerzas de Africa fueron transportadas al suelo peninsular. Su avión de bombardeo sembró de pánico las filas rojas, cuando éstos se envanecían de tener el total dominio de los aires y la absoluta fuerza agresiva de la aviación. Fué Moreau uno de los bravos que volaron sobre el Alcázar de Toledo, para llevar a aquel santo nido de españolismo ayuda y material de socorro, y sobre todo la confianza y el optimismo que representaba en aquel inmenso drama el saberse protegidos, recordados y admirados por las tropas de nuestro invicto Caudillo que llegaban a liberarlas a marchas forzadas. Igualmente Moreau prestó auxilio en repetidos vuelos arriesgadísimos a los héroes del Santuario de la Cabeza y más tarde, a diario cooperó a las victorias continuadas de la campaña del Norte y al frente de una escuadrilla de bombardeo en el célebre ataque rojo de Brunete. Nadie ha servido más y mejor a España que este inconmensurable y valentísimo piloto, al que Franco, en un acto de justicia concedió la Medalla Militar.



CUANDO ya combatían en la España roja las Brigadas internacionales, se organizó la Legión Cóndor.

Aviadores de bombardeo, de caza, de reconocimiento en la tierra y en el mar, artilleros de los diferentes tipos de antiaéreos, tanquistas y especializados en antitanques, técnicos en comunicaciones, instructores y mecánicos, hicieron aportación de sus conocimientos, e incluso de su vida, al Generalísimo Franco. Todos ellos han vivido una época de guerra que ofreció la oportunidad de recoger inolvidables impresiones de amistad y camaradería, algunas de las cuales, escritas por soldados, han quedado estampadas en las siguientes

IMPRESIONES DE LA GUERRA EN ESPAÑA

BILBAO-SANTANDER-BRUNETE

Después de la liberación del Alcázar de Toledo y de la conquista de Málaga, se desencadenó en abril de 1937 la ofensiva del Norte para rescatar las provincias de Vizcaya, Santander y Asturias.

Fué principalmente a las tropas navarras a las que se les encomendó la difícil misión de quebrantar el sistema de defensas del Norte. Nuestras escuadrillas de bombardeo y las demás fuerzas aéreas acudieron también allí junto con las secciones de transmisiones y las baterías antiaéreas. Sólo manteniendo un constante enlace con las fuerzas de tierra sería posible fraguar un camino a través de los imponentes macizos y de las fortificaciones.

Los ataques dieron comienzo por el sector de Villarreal. Primero, la acción impetuosa y ensordecedora de las baterías y de los aviones de bombardeo. Después, la irrupción súbita de las masas de infantes y como su acompañamiento, el evolucionar de las «cadenas» a poca altura sobre tierra. Se consiguió abrir la primera brecha y el frente del Norte empezaba a derrumbarse.

La retirada roja fué un éxodo de incendiarios y dinamiteros. Eibar, Guernica, Durango, Amorebieta y Lemona, se liberaron una tras de otra, hasta que las milicias rojas llegaron al Cinturón de Hierro, el último reducto. Pero la voluntad de vencer animaba a los mandos y a las tropas. Se fijó el punto de ruptura por la zona Noroeste del monte Bizcargui. Y un día de mediados de junio comenzó, en presencia misma del Generalísimo, la acción demoledora de la artillería sobre la zona señalada, mientras los aparatos de bombardeo, en un servicio tras otro y en condiciones sumamente difíciles por lo accidentado del terreno, machacaban las fortificaciones y reductos enemigos. Pocas horas después, tras del violento ataque de los soldados navarros y las tropas marroquíes,

llegó al Estado Mayor la comunicación telefónica de que el Cinturón estaba roto.

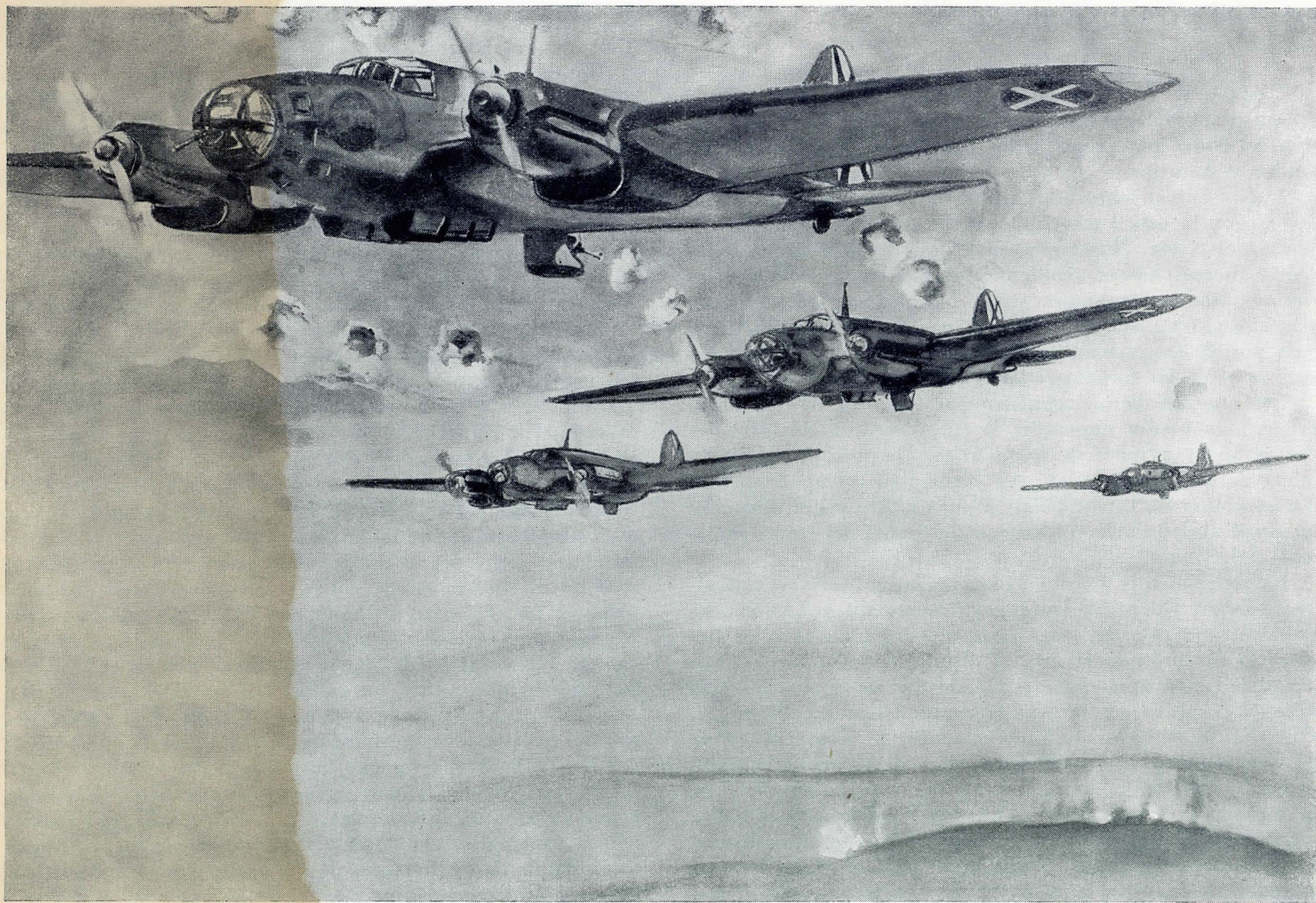
El 19 de junio se daba al mundo la noticia de la caída de Bilbao, conseguida gracias a una dirección armónica y genial y a la colaboración feliz entre las armas españolas y los legionarios extranjeros. Y ahora, sobre Santander.

Comenzaba el cerco. Sucesivamente iban desarrollándose las distintas fases de la lucha y otra vez los episodios de la guerra volvían a encender nuestro ánimo, dispuesto ya a gozar de las horas inminentes del triunfo, cuando una orden hizo cundir la noticia de que debíamos partir inmediatamente para el frente de Madrid. Los rojos habían desencadenado una violenta ofensiva por el sector de Brunete.

Se nos ordenó salir para nuestra base de Salamanca, y al mismo tiempo, todos los servicios auxiliares, las secciones de transmisiones y las baterías antiaéreas con una rapidez extraordinaria recorrieron en una noche los quinientos kilómetros que les separaban del nuevo campo de batalla. Para los soldados españoles y para los voluntarios alemanes e italianos aquélla era una cita de honor. Nunca se había exaltado tanto el sentido de milicia y compañerismo entre los combatientes, excitados por el prodigioso alarde de presteza y movilidad. No era ahora, como en otras ocasiones, un lento disponer las cosas antes de dar el golpe. El mecanismo entero tenía que lanzarse al ataque, sin perder un minuto, aprovechando todas sus posibilidades y agilidad y utilizando el mejor espíritu que nunca ha animado a un cuerpo de guerra.

A las pocas horas de aterrizar en la base de Salamanca salimos a allanar con nuestros aparatos de bombardeo el camino de las tropas que se batían bajo un sol abrasador.

Se desarrollaba la más encarnizada lucha que habíamos conocido en toda la campaña. Y el 24 de julio, las fuerzas aéreas nacionales, alemanas e italianas protegían el avance incontenible de los hombres de Franco, y por la noche, Brunete volvía a ser otra vez nacional. A. N., ALFÉREZ.



EN TIERRA DE NADIE

Eran los días violentos de la batalla del Ebro. Un huracán de fuego se había desencadenado sobre la tierra.

Llevaban ya un buen rato los aparatos de la Legión Cóndor arrojando una lluvia incesante de bombas sobre las trincheras rojas, bastante próximas a las nacionales, para preparar el asalto de la infantería. Simultáneamente, los «cazas» habían entablado un duelo durísimo en el aire con las escuadrillas enemigas, hasta que los aviones rojos abandonaron la partida. Pero entonces, las baterías antiaéreas comenzaron a hostilizar a nuestros aparatos con un furor inusitado. Uno de los que volaban más alto, fué de pronto alcanzado por un proyectil. El avión entró precipitadamente en barrena. A los pocos segundos dos hombres se lanzaban al espacio con sus paracaídas. Supimos después que el telegrafista había sido mortalmente herido por el disparo. El piloto se arrojó también y descendió 2.000 metros lo mismo que una piedra. Al fin, se abrió el paracaídas y después de unos instantes que parecían interminables, el aviador quedó en tierra sin dar signos de vida.

Los ojos seguían espantados la peripecia de la caída, porque no fué un misterio para nadie que el piloto iba en-

caminado fatalmente hacia un punto alejado de nuestras primeras posiciones. Los otros dos tripulantes habían caído atrás. Y efectivamente, el desgraciado aviador, yacía, no en las líneas rojas, pero sí en zona desierta, en tierra de nadie, brutalmente segada por dos fuegos contrarios y sin amparo alguno.

La decisión y el acto fueron dos cosas fulminantes. Como locos, varios hombres se lanzaron de las trincheras; el episodio no podía durar más que muy pocos minutos. Un lance inconcebible por lo temerario. Fué un oficial de regulares el que pegándose al terreno, avanzando inverosímilmente, ganó la ventaja a los demás. Se recrudeció el fuego, ahora con un blanco bien patente. Pero el oficial tirando del paracaídas arrastró el cuerpo del aviador hasta hacerse con él, y volvió con su carga. Entonces, todos prorrumpimos en gritos de júbilo frenético. El aviador alemán estaba con vida.

.....

Hemos sabido después, que en el hospital de sangre, cuando el aviador alemán recobró plenamente el conocimiento vió cubierta su cama y las sillas que le rodeaban de montones de obsequios, desde la cajetilla de cigarros hasta la botella de ron. Ni un solo espectador había sido insensible.

H. ST., BRIGADA.

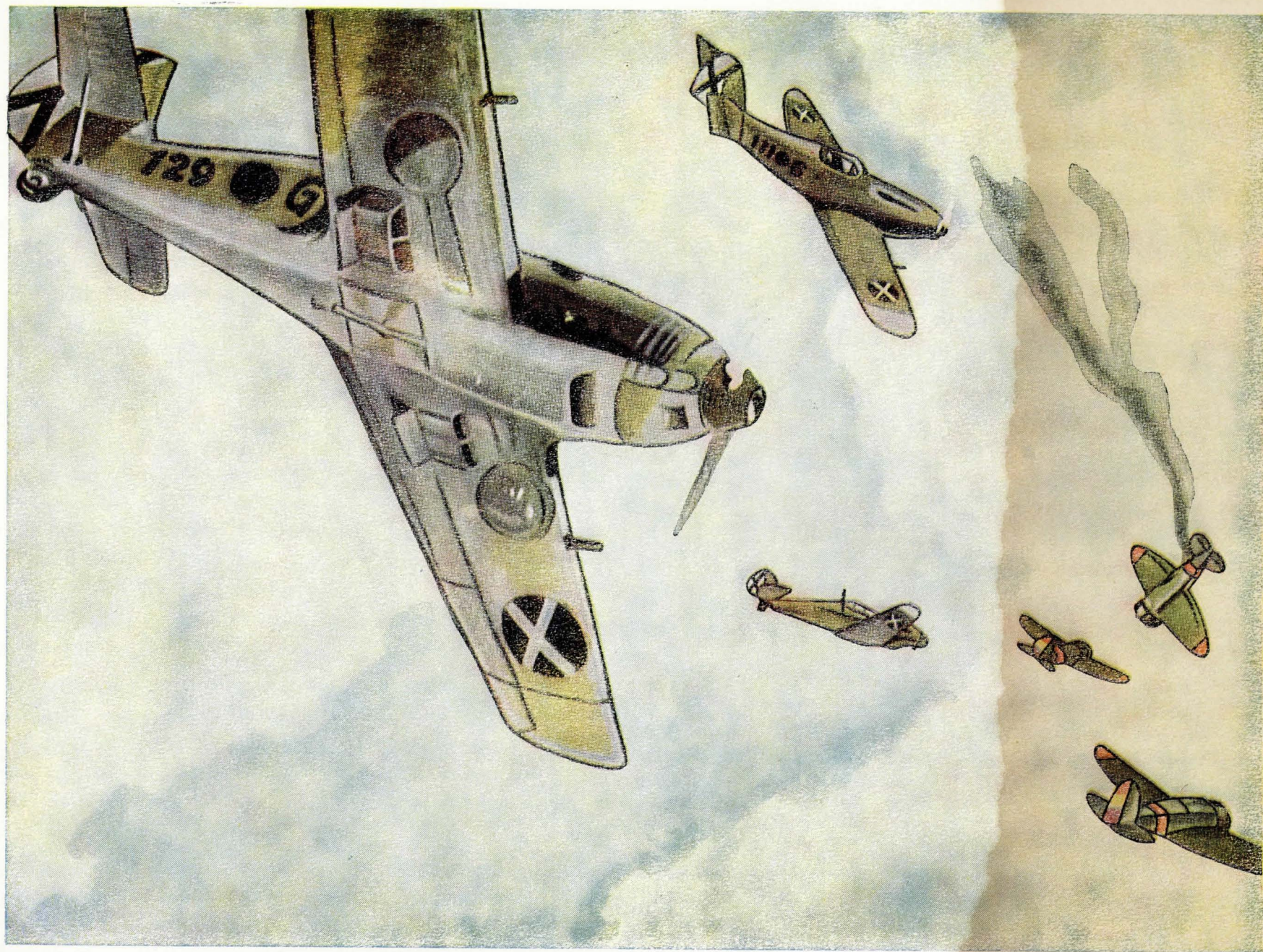
CUATRO VICTORIAS

Febrero. Horas decisivas ante la ciudad de Teruel. Somos cuatro «cazas» los que buscamos al enemigo en el cielo que cubre los campos encendidos por la lucha. Volamos a tres mil metros sobre el aeródromo de Sarrión, cuando advierto a la derecha un enjambre de puntos que se agrandan por momentos: lo forman más de 30 «ratas». Mis tres camaradas se dirigen ya contra ellos, y al intentar seguirles y ganar su altura vivo los segundos más angustiosos de mi vida. A nuestra izquierda veo una larga columna de bimotores, que no pueden ser más que «Martin Bombers». Lo sé: es una locura combatir solo contra 24 de esos bien armados aparatos, pero hay que intentarlo. Un viraje, una última mirada a los instrumentos y ya están ante mí los aviones enemigos. De pronto, me encuentro en medio de un huracán de fuego, oigo el chasquido de los proyectiles al perforar las alas, son los primeros impactos. Pero no hay que perder los nervios, es preciso esperar a que estén todavía más cerca. En el punto de mira se coloca el motor derecho de uno de los aparatos. Disparo, y luego me elevo mientras el de bombardeo deja una estela de humo en su caída. Este es el primero: fué lo único que pensé en aquel instante. El Jefe de la escuadra enemiga parecía haber perdido el control de sus nervios: viró y a toda marcha se dirigió de nuevo al frente rojo. Pronto me hallé detrás de la patrulla izquierda y otra vez, bajo una lluvia de balas. Mis tres ametralladoras abren el fuego y un nuevo cometa descende vertiginosamente contra la tierra. Ya tengo dos. La última patrulla vuela aislada delante de mí y dejo en libertad las ráfagas de mis armas. ¡Suerte! La tercera victoria era mía.

Entretanto, los «ratas» se han dado cuenta de la situación y me persiguen: mis tres fieles camaradas intentan cubrirme la retirada. Hago un viraje al mismo tiempo que me asalta el deseo de vencer al jefe de la patrulla de «ratas»; me dirijo contra él y vuelvo a contemplar el mismo espectáculo que las tres veces anteriores. Ya me hice con el cuarto. Una sacudida terrible conmueve mi pobre aparato. Los timones de dirección han quedado inutilizados y un humo espeso empieza a invadir la carlinga. Logro dominar todavía mi «caza». Los otros continúan el combate entablado, pero yo no puedo seguir luchando y tengo que alcanzar nuestras líneas antes de que el pájaro herido abata sus alas para siempre. De nuevo silban las balas de los «ratas» y desciendo en picado. Todos son ruidos alarmantes en mi motor, pero hay que volar todavía. Súbitamente y desde tierra, me disparan con ametralladora: más impactos: es el frente. Adelante, y pocos instantes después el aterrizaje forzoso; estoy en casa, ya no puedo más, ni siquiera bajar del aparato. Vuelvo la cabeza y todavía veo en el cielo largos penachos de humo, uno, dos, cinco, nueve: son el testimonio de la lucha.

Al descender del avión me tiemblan las manos. El aparato está hecho un colador. Debería estar en el cielo, pero Dios me ha protegido. Y cuando a duras penas y dando traspiés marchaba por el campo, contaba maquinalmente con los dedos hasta cuatro. Respiré profundamente, y al recordar que con éstas eran siete el número de mis victorias, pensé: «Esta noche la armamos».

CAPITÁN BTH.



¡AVANCEN LOS TANQUES!

11 de mayo de 1937. Frente de Teruel.—Ya ha llegado la orden de avance. Mañana hay que apoderarse de las posiciones que están situadas en las cercanías de T.

12 de mayo de 1937.—Todo está dispuesto para salir al primer aviso. Los carros esperan en línea de ataque, idénticos, monótonos, sin brillo, como masas informes, pero animados por un instinto ciego que duerme momentáneamente. Nosotros también permanecemos impasibles, o cambiamos algunas palabras con nuestros camaradas españoles o consultamos el reloj. Algo va a sacarnos a todos de este letargo. Pero ¿cuándo será?

Las once y cinco.—Los primeros indicios llegan por el aire. Doce aparatos nacionales de bombardeo atraviesan pronto el espacio y rompen su línea de formación no muy lejos de donde nosotros nos encontramos. Suenan ya los primeros estampidos. Un rastro de nubes y de explosiones va señalando las posiciones enemigas, que son también el objetivo de nuestros carros. Pero nosotros no nos movemos todavía.

Las once y diez.—Seis baterías nacionales abren sus fuegos a la vez. Se multiplica el estruendo. Los proyectiles que pasan aullando sobre nuestras cabezas señalan también la dirección en la que no tardaremos en precipitarnos. Va concretándose una zona viva del paisaje, furiosamente batida desde el cielo y desde la tierra.

Las doce en punto.—Ahora nos toca a nosotros. Cada uno ha ocupado su puesto y los tanques avanzan ya muy pró-

ximos entre sí, a lo largo de una estrecha hondonada. Pronto nos alcanzan los disparos de la artillería enemiga. Nuestro capitán español transmite una orden: «¡Distanciarse! ¡Cerrar las ventanillas!» La metralla de los proyectiles es como una granizada sobre la caja y la torreta. Si uno nos coge de plano, no hay tiempo ni para encomendarse a Dios. Pero hemos logrado salvar la zona de peligro y podemos abrir las ventanillas. Ya era hora. Dentro del tanque había una temperatura de 50 grados por lo menos.

Sabemos que la rectificación del tiro de las baterías enemigas es muchas veces lenta, y, sobre todo, que unos minutos más de avance pueden resolver la situación. Nuestros artefactos se arrastran con relativa ligereza y llega, por fin, el momento en que arrollamos las primeras alambradas, las dejamos atrás, pisamos en las trincheras del enemigo.

¡Las trincheras están abandonadas! Sin embargo, este primer éxito vamos a pagarlo caro. Porque precisamente cuando nos disponemos a celebrar la alegría del triunfo, se redobra el fuego de los disparos rojos. Tenemos que volver a encerrarnos herméticamente. Ya no son los cañones, son las ametralladoras, y tras de ellas, toda la furia del mundo, las que parecen haberse concitado contra nosotros. Hay que acudir rápidamente a las armas automáticas, y entonces se entabla un duelo a muerte. Las bombas de mano llueven en torno de los carros. El humo dificulta la visión. Arde nuestro pulso.

Después de la una.—Ha disminuído la resistencia. La infantería nacional, en estos momentos de calma relativa, pasa ante nosotros para ocupar las posiciones del enemigo.



Los tanques se quedan reposando al abrigo de una depresión. Y es ahora cuando en un recuento, advertimos la falta de tres de nuestros carros.

Todo aquello de que somos testigos a continuación, transcurre en un abrir y cerrar de ojos. Un sargento de nuestra Compañía se precipita por una loma bastante cercana, agitando al aire la bandera española. La dirección de su carrera nos descubre la posición de los tanques desaparecidos, casi amontonados en un barranco. La situación de los tres carros es muy apurada, porque dos no pueden moverse, y mientras la dotación de ambos intenta sacarlos del aprieto y ponerlos en marcha, el otro los protege con su fuego.

Nuestro sargento, que ha visto rebullirse a unos hombres sobre las alturas que dominan el barranco, en la creencia de que se trata de soldados nuestros o movido por no sabemos qué causa, se dirige precipitadamente hacia ellos. Pero una bala detiene en seco su carrera y cae al suelo gritando: «¡Viva España! ¡Viva la Legión!» Sus palabras han llegado distintamente hasta nosotros, porque nos separa de él una distancia muy corta.

En el momento en que nos disponemos a arremeter contra los agresores, alguien exclama: «¿Dónde está el capitán?» Efectivamente, a nuestro capitán lo hemos perdido de vista desde hace quince minutos. Y la trágica peripecia a que acabamos de asistir, es la que nos aclara el misterio de su desaparición. Cuando nos desplegamos, lo encontramos en seguida. Está ahí, tendido sobre la tierra, no lejos de los dos tanques, a los que había ido a salvar sin duda de la crítica situación en que se encontraban, consciente del peligro y de su responsabilidad. Nadie cubrió su marcha.

El capitán parece sólo herido. Mi conductor aproxima el tanque, y protegido por el fuego de nuestras mismas ametralladoras, el camarada de la dotación, K., sale del carro desafiando las balas enemigas, recoge al herido y lo mete dentro de nuestro tanque. Le instalamos de la mejor manera posible, pero las fuerzas le abandonan y su respiración se hace cada vez más fatigosa. «¡Animo! ¡Animo!, el puesto de socorro está muy cerca».

Para transportar a un Jefe, a un compañero herido, aunque sea dentro del tanque, también hay que dominar los nervios. No son sólo las vicisitudes del combate las que llenan de angustia el corazón. Ver inmóvil y agonizante al hombre que antes nos dirigía, que se ha desvivido orientándonos y aconsejándonos, que ha expuesto su vida por nosotros continuamente, es un trance triste y doloroso. Llegamos por fin al punto de nuestro destino, el puesto de socorro. Al instante acude un médico. La herida es muy grave. Una bala de fusil le ha entrado por la boca y ha lesionado la columna vertebral.

13 de mayo de 1937.—El capitán de la Compañía ha muerto la noche pasada, casi a la misma hora que nuestro sargento. Dos españoles más pagan con la vida su lealtad a la Patria. ¡Qué amistad tan fuerte es la que nace de las armas! Notamos su falta como la de dos compañeros de toda la vida. Adiós, alegres y serviciales camaradas, amigos españoles. Habéis muerto, pero vuestros nombres avanzan siempre con nosotros, han quedado grabados en las torretas de los tanques que tantas veces condujisteis a la victoria.

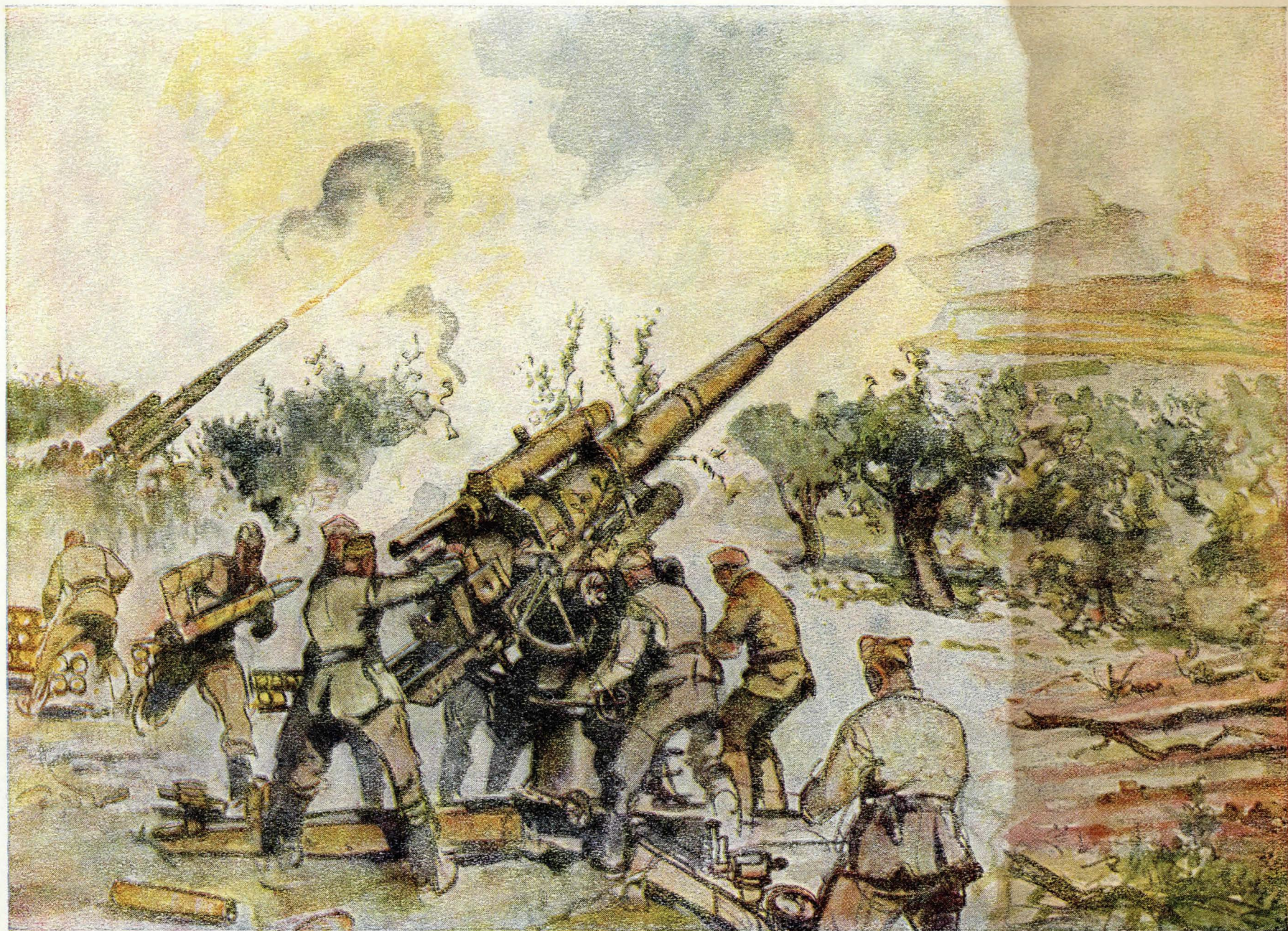
TENIENTE INSTRUCTOR B.

« 8,8 »

Tres poderosas columnas nacionales intentan romper el frente rojo por las cabezas de puente de Tremp, Balaguer y Serós. Nuestra batería antiaérea, después de rodar lentamente por caminos llenos de hombres y de material de guerra, llega al lugar destinado para su asentamiento: la cota 343, al Este de Cubells. Desde las primeras horas de la mañana, no sólo nuestros «8,8», sino piezas de artillería de los más distintos calibres disparan incesantemente contra dos alturas, que fortificadas con tambores de cemento han de ser dentro de poco el objetivo de la infantería.

Los rojos, seguros tras los imponentes bloques, tiran con saña y a pesar de la barrera de fuego formada por la artillería para proteger a las tropas nacionales, cortan su avance. La situación se hace cada vez más difícil. Los aviones rojos han aparecido y desde nuestra posición se oyen las explosiones de las bombas en las primeras líneas. Funcionan las manivelas de nuestras piezas, los hombres sudorosos son en sus movimientos como otros tantos mecanismos que ya de siempre hubieran formado parte de ellas. Los tubos se elevan, cambian de dirección, siguen rápidamente las evoluciones de los bombarderos. Una corrección, otra, y los movimientos se multiplican para ajustar las piezas a las nuevas lecturas. Y después, uno de los aparatos, envuelto en llamas, cae cerca de las avanzadas. En el cielo aparecen nuestros «cazas»; los aviones enemigos huyen. Todo ha durado pocos minutos, pero mientras tanto, la infantería, sin la protección de nuestro fuego, ha tenido que abandonar el asalto. Los instantes son preciosos; una orden, y los apuntadores, como autómatas y a una velocidad increíble, hacen descender los tubos hasta alcanzar el ángulo ordenado. Los servidores no descansan; un proyectil tras otro, como en serie que jamás ha de interrumpirse, entran en la boca de carga. Los rojos, sin embargo, contestan como locos; la resistencia es feroz. Por segunda vez han rechazado el asalto. Nuevas correcciones. Es difícil dar en la aspillera de uno de esos tambores desde los cuales las ametralladoras tabletean sin cesar. Fuego, siempre fuego; las piezas y los hombres parecen como si sólo pudieran respirar al mismo tiempo, cuando se produce el retroceso del arma después de la descarga, a un ritmo acelerado. De pronto el observador grita: ¡Blanco! Y una, dos, cinco veces, en tiro de batería, todos los proyectiles se estrellan contra la aspillera de la fortificación. Y allá, ladera arriba, corren las tropas nacionales, y el verlas avanzar y clavar la bandera de España en el primero de los bloques es como la promesa de que el día de la liberación de Cataluña está muy cerca.

J. SCH., SARGENTO.



HABLA UN INSTRUCTOR

San Roque, 27 de marzo de 1938.

Mi querido amigo:

No me ha sorprendido el tono de su carta. Es usted joven, no ha vivido como yo los días de la Guerra Mundial y le parece que es perder el tiempo estar en una academia y no en el frente desahogando allí sus ímpetus juveniles. ¡Qué injusto es usted! Desde su puesto está prestando un servicio mucho mayor de lo que supone. Créame, se lo dice quien ya antes del Movimiento Nacional ha pasado diez años de su vida en esta magnífica tierra y ha visto crecer en ella sus propios hijos. Por estos bravos soldados, cuyo valor y resistencia también usted admira, no puede hacer nada mejor que lo que hace en el lugar a donde ha sido destinado por el Generalísimo Franco...

Toledo, 11 de febrero de 1939.

... Se queja de que hace mucho tiempo que no le escribo. Tiene usted razón, pero los días no dan más de sí. Como verá por la fecha, mi nueva residencia es Toledo en donde me encuentro desde hace más de medio año, y tan a gusto como antes con mis buenos sargentos.

Me habla usted ahora admirado de los resultados espléndidos y sorprendentes que han dado los cursos de estas escuelas y academias. Perdone la falta de modestia: lo esperaba. Estos miles y miles de jóvenes han venido siempre a nosotros únicamente por el deseo de volver al frente en mejores condiciones de servir a su Patria; son naturales, por lo tanto, los frutos recogidos.

Aquí tengo sobre San Roque la ventaja de hallarme en las proximidades del frente, lo que me proporciona la ocasión de volver a encontrar a muchos de mis antiguos alumnos. Y no hay mejor recompensa a nuestro trabajo, que oír recordar a uno de esos jóvenes oficiales, el espíritu de camaradería y todas esas incidencias de los cursos, ya casi olvidadas para el instructor.

No hace mucho, saludé en las trincheras a un teniente, aventajado alumno mío, y al mismo tiempo extraordinario caso de temple y heroísmo personal, como otros tantos de esta dura guerra. Figúrese usted que mi discípulo lleva más de un año en la Ciudad Universitaria, viendo todos los días desde la posición la casa que en Madrid habitaba con su familia antes de estallar el Alzamiento Nacional. No ha recibido una sola noticia de los suyos, y cuando habla de ello, lo refiere con la mayor naturalidad, pero el que le oye no puede sustraerse a la emoción de la lucha íntima que este hombre sostiene consigo mismo en la situación en que le ha colocado el destino. ¡Cómo no habían de ser magníficos los resultados de nuestra labor en las escuelas militares con hombres de este temple!...

LOS «HIDROS»

Desde mi ventana veo la motora de los mecánicos ir y venir por entre los hidroaviones anclados en la bahía, mientras el sol poniente va señalando el momento de nuestra marcha. Allá en la Península, los hombres de Franco se aprestan a partir en dos la zona roja y a llegar a la orilla del Mediterráneo.

Son los primeros días del mes de marzo de 1938. Las tropas nacionales han dejado ya atrás sus posiciones entre Huesca y Belchite y avanzan por las tierras de Aragón. A nosotros se nos ha encomendado la labor difícil, pero honrosa y llena de emociones, de cortar los transportes por la vía férrea de Barcelona a Valencia, para impedir el aprovisionamiento de las unidades rojas.

Las seis tripulaciones de nuestra base de Pollensa con sus seis aparatos lograron destrozar en veintinueve de las treinta y una noches de marzo más de cincuenta trenes y otras tantas locomotoras.

Todos los días, al atardecer, se aproximaban a la costa enemiga los primeros «hidros»: iba uno a realizar su servicio desde Barcelona al Ebro y el otro, del Ebro a Valencia. Cuando regresaban, salían otros dos y así por parejas nos íbamos relevando a lo largo de la noche. Noches de impaciencia y espera. Por dos veces durante el mes, uno de los hidroaviones dejó al compañero destrozado contra la tierra enemiga. La defensa antiaérea roja había podido con ellos.

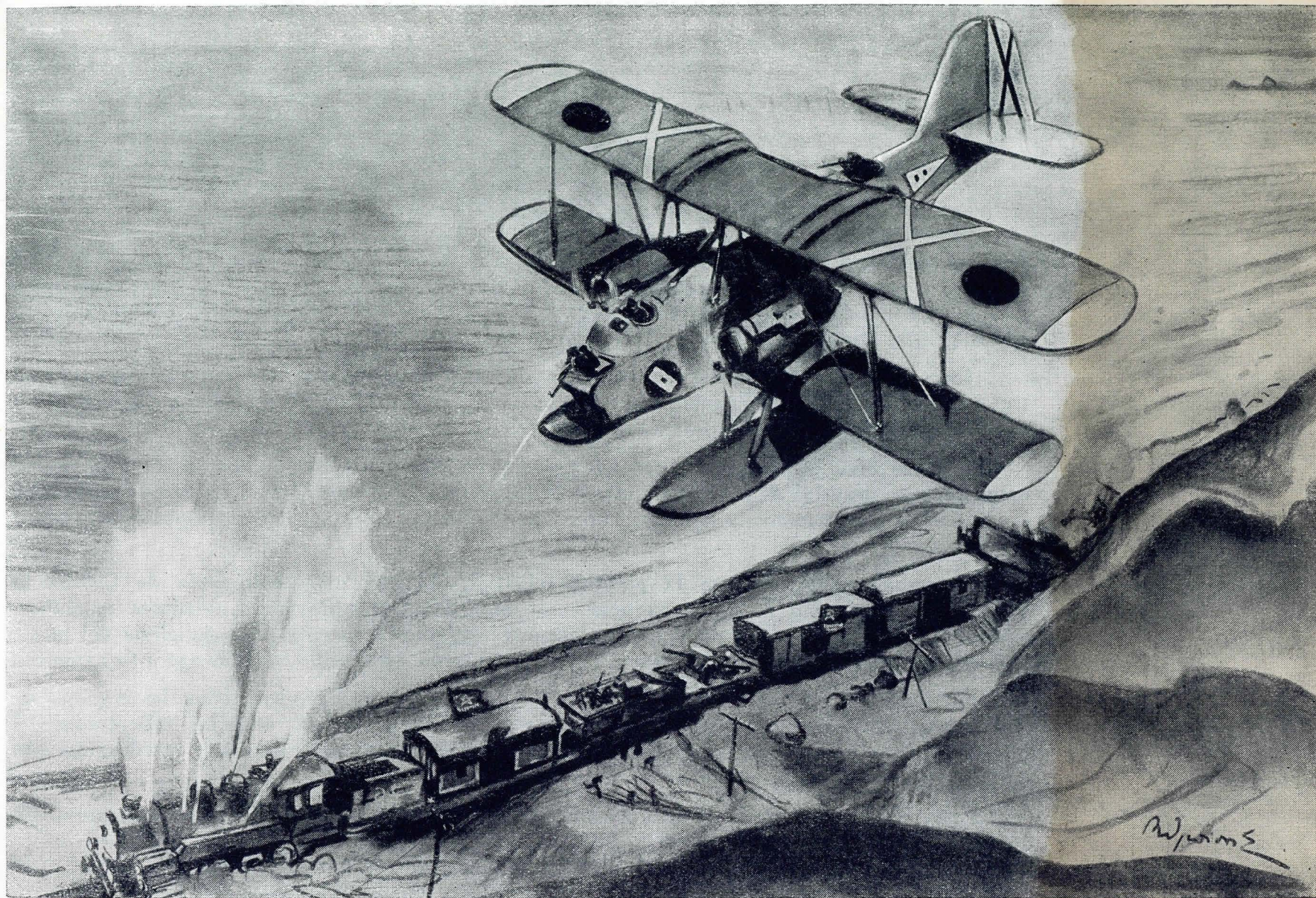
La lucha era la misma cada noche. Ya en la costa des-

cendíamos, volando entre los cincuenta y los cien metros de altura y cruzábamos en todas direcciones sobre los caminos de la tierra, trazos de leve claridad en la noche, en busca de trenes y convoyes. Ya nos conocían todos. Las estaciones estaban siempre oscuras, los trenes seguían ciegos el camino de sus vías y los coches y camiones sólo se atrevían a abrir por cortos instantes sus ojos de luz. Pero nosotros también los conocíamos. Y nos bastaba el más ligero resplandor en una carretera o el penacho de humo de una locomotora para localizar a nuestra presa.

Era imposible sustraerse al hechizo de aquella lucha. Apenas enfilábamos un tren, las ametralladoras antiaéreas abrían sus fuegos, y de ambos lados de la vía cruzaban el aire las balas de los fusiles y a veces hasta de las pistolas. Nosotros, a cincuenta metros de altura, le ganábamos su carrera al tren y al mismo tiempo dejábamos caer una tras otra las seis bombas. Todo él se desarticulaba en una serie de estallidos, y quedaba sobre la tierra un rastro de fuego. Pero cuando no ganábamos el juego, nos revolvíamos y con el cañón y la ametralladora disparábamos contra la máquina, la presa más codiciada, hasta que los chorros de vapor anunciaban el fin de su vida.

Terminada la misión y cuando en nuestro tranquilo descanso supimos que las tropas del General Franco habían llegado al Mediterráneo, nos sentimos unidos a ellas más que nunca.

CAPITÁN K.



DESDE EL MAS HUMILDE...

De entre las muchas cartas e informes que hablan de las cordiales relaciones entre el pueblo español y los soldados de la Legión Cóndor, entresacamos algunos breves párrafos como afectuoso homenaje, no a una determinada región o clase social, sino a toda la población civil de España.

...Prescindiendo de las emocionantes impresiones de la guerra, quedará siempre viva en mi memoria la convivencia con los españoles. A lo largo de dos años y medio, las necesidades del servicio me han llevado a los sitios más distantes y variados de esta hermosa tierra. He vivido entre ricos y pobres, en las ciudades y en los pueblos, en casas de funcionarios y de comerciantes, de campesinos y de trabajadores, y en todas partes, por distinto que fuera el ambiente, he encontrado la misma atmósfera de hidalguía y de hospitalidad.

...Hasta en aquellas regiones últimamente liberadas y que fueron envenenadas durante casi tres años por la propaganda roja, se acoge a los voluntarios extranjeros no como a enemigos, sino como a camaradas en la lucha contra los opresores.

No podré olvidar nunca las atenciones que tuvo conmigo cierto industrial de una ciudad catalana y los desvelos de las autoridades para hacer agradable la estancia a todos los hombres de la Cóndor. Y tan plenamente lo consiguieron, que en ningún sitio nos hemos despedido con tanto sentimiento.

Es también impresionante la piadosa solicitud con que unos habitantes de Cabeza la Vaca—pequeño pueblo de Extremadura—recogieron los restos de unos aviadores alemanes, caídos en las sierras que lo rodean. Instalaron la capilla ardiente en la pequeña iglesia del lugar, y más tarde, en un acto solemne y emocionante, levantaron un sencillo monumento a su memoria.

Innumerables son las pruebas de simpatía que hemos recogido en todas las regiones de España. No es, pues, de extrañar que en corto tiempo, y a pesar de todas las dificultades del idioma, se hayan estrechado lazos de amistad que sobrevivirán a la guerra y perdurarán aún después del regreso a su patria de los voluntarios alemanes.

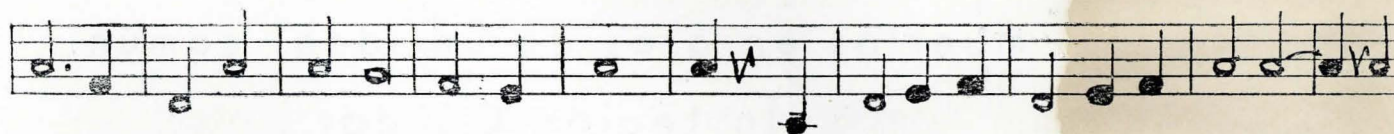
El pueblo español, desde el más humilde de sus hombres, ha sabido ganar para siempre, con su entrañable cordialidad, el corazón de los voluntarios alemanes.

DE UN RELATO DEL CORONEL S...R.



HIMNO DE LA LEGIÓN CÓNDOR

TIEMPO DE MARCHA



Españoles
que habéis dado la vida
por los gloriosos destinos de vuestra Patria:

Legionarios italianos,
muertos en aras de un ideal común:

la Legión Cóndor
rinde sus banderas ante vuestras tumbas.

¡Presentes!

Legionarios alemanes caídos en España:
Vuestros nombres evocarán siempre
fraternidad de ideales y fraternidad de pueblos.

¡Presentes!





